

INSTRUMENTO DE CRISTO MISERICORDIOSO

Homilía en la clausura del Año de la Misericordia y celebración del jubileo por las Bodas de Oro sacerdotales, Bodas de plata arzobispales en Mérida, y la investidura cardenalicia de S. E. el Cardenal Baltazar Porras Cardozo, Arzobispo de Mérida

Mérida, 3 de diciembre de 2016, Cardenal Jorge Urosa Savino, Arzobispo de Caracas

Con inmensa alegría nos encontramos congregados en esta hermosa explanada para celebrar la clausura del año jubilar de la Misericordia, y para dar gracias a Dios por la vida sacerdotal y episcopal de Su Eminencia el Cardenal Baltazar Porras Cardozo, Arzobispo de esta grey merideña durante estos últimos 25 años.

Festejamos y agradecemos al Señor este Año dedicado a la inmensa misericordia de Dios, manifestada sobre todo en Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre, como dijo el Papa Francisco (1). Misericordia divina que se prolonga en la historia a través del mundo por la presencia viva y sacramental de Jesús, sumo sacerdote y Buen pastor, en los sacerdotes, en aquellos hombres que El ha escogido para conferirles la potestad espiritual de comunicar sus dones de gracia, vida y santidad, perdón, paz y salvación, a sus hermanos en el mundo entero.

En esta celebración de la misericordia de Dios también damos gracias a Dios por los 50 años de vida sacerdotal del Cardenal Porras como instrumento de misericordia, y por sus 25 años al frente de esta Iglesia de Mérida, así como por su reciente incorporación al Colegio Cardenalicio por el Papa Francisco. Celebramos la estelar trayectoria de un hermano dedicado con generosidad y abundantes frutos espirituales al servicio de Dios, como instrumento vivo de la misericordia divina a favor de la humanidad.

INSTRUMENTO DE LA MISERICORDIA DE DIOS.

En esta homilía que me honro en pronunciar por invitación del Cardenal Arzobispo de Mérida. los invito en primer lugar a

considerar el sacerdocio ministerial católico como manifestación de la misericordia de Dios. Sí, mis queridos hermanos! Los sacerdotes estamos llamados a ser instrumentos vivos de la misericordia de Dios.

En efecto, como acabamos de escuchar en la lectura del Evangelio, Jesús, quien en el Evangelio de San Juan se presenta a nosotros como *el Buen Pastor*, asumiendo así una imagen bíblica característica y propia de Dios Padre, envía a sus apóstoles a atender a las multitudes, que estaban extenuadas y desamparadas, como ovejas sin pastor. Y les encomienda ir como pastores buenos en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel, a anunciar el Reino de los cielos y a prodigarse en atención a las gentes, especialmente a los más necesitados, como los leprosos y demás enfermos. Esa es, mis queridos hermanos la bellísima misión que recibieron los apóstoles, llamados por Jesús a comunicar la esplendorosa luz del Evangelio al mundo entero, a llevar el consuelo, el perdón, la vida nueva de la gracia de Dios que nos hace hijos suyos, la acción que guía y sirve al pueblo de Dios en su camino hacia la patria celestial.

JESUS BUEN PASTOR Y SUMO Y ETERNO SACERDOTE

Buenos pastores, a imagen de Jesucristo, buen pastor y por ello sumo y eterno sacerdote, estamos, pues, obligados a ser los ministros del altar. Jesús es nuestro modelo, el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas (Jn 10, 11-15), es decir, que se ofrece al Padre celestial como él mismo lo dijera para realizar la alianza salvífica para la humanidad.

El sacerdocio de Cristo consiste, precisamente, en entregar y dar su vida en morir por nosotros. Su muerte en la cruz seguida por su resurrección, es precisamente el acto supremo del sacerdocio de Jesús, realizado simbólicamente, sacramentalmente en la Última Cena, y luego consumado en el Calvario.

Esta consideración sobre el sacerdocio de Cristo, ejercido por el Señor Jesús precisamente como Buen Pastor, la expuso con singular belleza el Santo Padre Benedicto XVI en su Homilía en la Solemnidad del Buen Pastor en mayo de 2010 (2). Y es muy importante, pues ilumina la naturaleza del sacerdocio ministerial, de los Obispos y los presbíteros en la Iglesia. Nosotros estamos llamados también como Jesús, a ser buenos pastores, en la entrega generosa, de nuestra existencia, en la oblación religiosa de nuestras vidas a Dios Padre celestial en unión con Jesús, por la salvación del mundo. Como presbíteros-buenos pastores, identificados existencial y vivencialmente con Jesús en la práctica de las virtudes y en el camino a la santidad, en nuestra entrega diaria al trabajo pastoral al servicio de nuestros fieles, somos por eso mismo instrumentos de su misericordia en un mundo hostil para la humanidad, cargado de penas y sufrimientos, de males de todo tipo, entre los cuales hemos de mencionar los males morales como la impiedad, la irreligiosidad, el pecado y la indiferencia religiosa, la falta de fe, entre otros males.

Precisamente en nuestro diario y rutinario pero hermoso ministerio pastoral, religioso, sacerdotal los sacerdotes, obispos y presbíteros estamos llamados a ejercer la misericordia religiosa, espiritual y pastoral, para iluminar a los hombres con la luz del evangelio, para alimentarlos con la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo, para aliviarlos con el perdón de los pecados y el consuelo en el dolor, para acompañarlos en su camino hacia el Reino de los cielos. Realmente nuestra vida y vocación es hermosísima, precisamente por ser toda ella una práctica constante de la misericordia salvífica de Cristo redentor en favor de la humanidad.

CONSAGRADO COMO PRESBITERO AL SERVICIO DE DIOS

Pues bien, mis queridos hermanos. Hoy nosotros damos gracias a Dios porque hace ya casi 50 años el Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Mérida, Baltazar Porras Cardozo, al ordenarse sacerdote, consagró definitivamente toda su existencia al servicio de Dios, de la Iglesia y nuestro pueblo venezolano como instrumento de la misericordia de Dios. Muchos años antes había ingresado al Seminario Interdiocesano de Santa Rosa de Lima de Caracas. Allí nos encontramos por primera vez el Cardenal Porras y yo el 20 de septiembre de 1959, día del inicio del curso académico de nuestro Primer Año de Filosofía. Éramos unos muchachos, de 15 años él y 17 quien les habla. Ocho Años después, en la soleada mañana del Domingo 30 de julio de 1967, en la Catedral de Calabozo, él ratificó ante Mons. Miguel Antonio Salas, entonces Obispo de esa Diócesis, esa firme decisión. Dotado de muchas cualidades y con una inmensa capacidad de trabajo, una vez ordenado sacerdote dedicó las primicias de su ministerio pastoral a la Iglesia calaboceña y, luego de cursar estudios teológicos de postgrado en España, regresó a Venezuela a fines de 1977. En ese entonces comenzamos a trabajar fraternalmente unidos en el Seminario Interdiocesano de Santa Rosa de Lima, donde habíamos frecuentado las mismas aulas de clase. Luego fue nombrado Rector del Seminario de San José, en Caracas, y por sus virtudes y cualidades el Santo Padre Juan Pablo II lo nombró Obispo Auxiliar de Mérida en 1983, por lo cual vino a sembrarse desde entonces con gran cariño en esta Iglesia emeritense, al lado del muy querido Siervo de Dios Monseñor Miguel Antonio Salas, de feliz memoria, también insigne arzobispo de Mérida. Más tarde fue nombrado Arzobispo el 30 de octubre de 1991 por lo cual, con justicia y muy apropiadamente estamos comenzando el año jubilar de sus bodas de plata arzobispales.

FECUNDA LABOR EPISCOPAL

Mis queridos hermanos: Ustedes conocen mejor que yo la labor desarrollada por el Arzobispo Porrás en Mérida. Su labor evangelizadora, anunciando la Palabra de Dios, su proyección en la vida universitaria, su trabajo por el Seminario y las vocaciones sacerdotales, la ordenación de 135 sacerdotes, la fundación de 16 parroquias, su presencia animosa y reconfortante en toda la geografía merideña, su actuación como cronista de la Ciudad, todas estas actividades hablan del entusiasmo de su apostolado. Mención aparte merece el extraordinario impulso que ha impreso al Archivo Arquidiocesano de Mérida. Y, además, su labor pastoral como Administrador Apostólico de la Diócesis de San Cristóbal, de marzo de 1998 a junio de 1999. Pero además, el Arzobispo Porrás ha tenido una destacada labor en la Conferencia Episcopal, de la cual fue Vicepresidente desde julio del año 1993 hasta 1999 y luego Presidente desde entonces hasta enero del año 2006. Al servicio de la Iglesia y del pueblo venezolano, en la Conferencia Episcopal ha ejercido también entre otros cargos, el de Presidente del Instituto de Previsión Social del Clero, y es actualmente Presidente de la Comisión Episcopal de Acción Social-Caritas. Le correspondió también el honroso encargo de presidir exitosamente la Comisión para las Visitas Papales de San Juan Pablo II a Venezuela en 1985 y 1996.

A nivel universal, como delegado de nuestra Conferencia Episcopal participó en el Sínodo para los Laicos en 1987 y en el Sínodo de América en 1997, y ahora, recientemente, en el Sínodo de la Familia en el año 2015, por invitación del Papa Francisco. Y también participó en la IV Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en 1992, y en la Vª Conferencia General realizada en Aparecida, en el año 2007. Además, ha tenido una destacada actuación en el Consejo Episcopal latinoamericano del cual fue Primer Vicepresidente del año 2007 al año 2011

Como Obispo Auxiliar desde 1983 y luego Arzobispo de Mérida desde 1991, así como desde la Conferencia Episcopal Venezolana, el Cardenal Porras ha sido un gran promotor de los mejores valores humanos, y ha sido un gran difusor de la Doctrina Social de la Iglesia durante todo su episcopado, y especialmente a partir del año 1999. Permanentemente ha alertado sobre los errores y peligros de la aplicación de una ideología totalitaria y fracasada en otras latitudes, y que ha sido tremendamente dañina para Venezuela. Esa actitud valiente y decidida le ha causado problemas y sinsabores que, sin embargo ha sabido sobrellevar con vigor y entereza. Y con gallardía y misericordia cristiana el 11 de abril de 2002 resguardó la vida de quien lo había atacado sin piedad. Sin duda, el Cardenal Porras ha sido un buen pastor que protege y cuida de su grey, defendiendo los derechos del pueblo venezolano y de nuestra Iglesia Católica.

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA

Por todas esas cualidades, virtudes y estelares actuaciones, no es de extrañar que el Papa Francisco lo haya llamado a participar en el Colegio Cardenalicio, para asociarlo más directamente a su ministerio pastoral de Obispo de Roma y Pastor Universal y conferirle la más alta jerarquía eclesiástica. Es así el sexto venezolano que alcanza esa altísima dignidad, siendo el primero de nosotros en 1961 un hijo de esta tierra merideña, el insigne - y para mí queridísimo - Eminentísimo Cardenal José Humberto Quintero Parra, que había sido Arzobispo Coadjutor de Mérida y luego fue Arzobispo de Caracas.

Con gran alegría participamos hace pocos días en la bellísima ceremonia de investidura en Roma, en la cual el Cardenal Porras fue llamado a servir en una nueva condición a Dios y a la Iglesia, al lado del Santo Padre. Te reiteramos, querido hermano Cardenal, nuestras más vivas felicitaciones!!!

CONCLUSIÓN

Por todas estas razones, mis queridos hermanos, hoy damos rendidas gracias a Dios nuestro Señor. El ha sido generoso al derramar abundantes gracias, dones y cualidades al Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Mérida. Y todo ello para que, como Jesucristo nuestro Señor, y como todos los Obispos y presbíteros de la Iglesia, más aún, como todos los bautizados, seamos instrumentos vivos de la misericordia de Dios, específicamente en el ejercicio del ministerio religioso, pastoral, sacramental y sacerdotal de los Obispos y presbíteros.

Los invito de todo corazón a aprovechar con fervor y piedad esta Santa Eucaristía para reafirmar nuestra fe cristiana en la inmensidad del amor misericordioso de Dios, nuestro amoroso Padre celestial. Los invito a reafirmar nuestra alegría por gozar de la **gloriosa condición cristiana de hijos de Dios, discípulos de Jesucristo y miembros de nuestra santa Iglesia Católica**. Refirmemos también nuestra voluntad de seguir a Jesús, que es el Camino, la Verdad y la Vida, cumpliendo siempre su palabra. Sintamos gratitud por el don del sacerdocio de Cristo a su Iglesia, y oremos con afecto y fervor por nuestro querido hermano, Su Eminencia el Cardenal Baltazar Porras Cardozo, Arzobispo de Mérida. Oremos también por los sacerdotes, los consagrados, y por el pueblo fiel de esta Iglesia emeritense, para que vivan a fondo y practiquen la misericordia de Dios.

Y oremos intensamente por nuestra Patria en esta hora difícil, por intercesión de nuestra madre amorosa, la Santísima Virgen María Inmaculada, a quien invocamos confiadamente, para que con determinación los venezolanos podamos lograr la solución de nuestros conflictos y el progreso de nuestro amado pueblo por los caminos de la paz y la justicia,. Amén.

1. Francisco, Misericordiae vultus

2 Benedicto XVI

La imagen del buen pastor nos manifiesta la naturaleza sacerdotal de Cristo, como lo enseñó el Papa Benedicto XVI, en su homilía en la Solemnidad del Buen Pastor, el 29 de abril de 2010). «El buen pastor da su vida por la ovejas» (Jn 10, 11). Jesús insiste en esta característica esencial del verdadero pastor que es él mismo: «dar la propia vida». Lo repite tres veces, y al final concluye diciendo: «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre» (Jn 10, 17-18). Este es claramente el rasgo cualificador del pastor tal como Jesús lo interpreta en primera persona, según la voluntad del Padre que lo envió. La figura bíblica del rey-pastor, que comprende principalmente la tarea de regir el pueblo de Dios, de mantenerlo unido y guiarlo, toda esta función real se realiza plenamente en Jesucristo en la dimensión sacrificial, en el ofrecimiento de la vida. En una palabra, se realiza en el misterio de la cruz, esto es, en el acto supremo de humildad y de amor oblativo”. (Benedicto XVI, 29 de abril de 2012)